

»Crecen los valedores de ambas partes,  
Trábase horrenda lid. La daga en mano  
A ella corre Velazquez: el de Lara  
Que entró en la liza por distinto lado,

»Sólo paz anhelando, que era padre,  
Quiere todo á la paz sacrificarlo;  
Y le sale al encuentro, á contenerle  
Con blando ruego y amistoso abrazo.

»Mas, ¡ay!... ¡al abrazarle, una coraza  
Oculta bajo sedas y brocados  
Apretó!... Se cuajó su sangre toda,  
Y un vuelco dióle el corazon llagado.

»¿Pudo quedarle duda?... No, no era  
La infantil imprudencia de Gonzalo  
Más que un fútil pretexto; la vil trama  
Estaba ya dispuesta de antemano.

»Deudos, parientes, escuderos, pajes,  
Todo el séquito en fin de su cuñado,  
Cubiertos van de redoblado acero,  
Vilmente oculto so los ricos sayos.

»¡Mísero padre!... la traicion patente,  
¿Qué le queda que hacer?... Con duro brazo  
Ayudar á sus hijos... A ellos vuela,  
Anima de su casa á los hidalgos,

»Y métese sañudo en la batalla:  
Todo es sangre y horror. Torna á caballo  
Con los suyos furioso Alvaro Sanchez,  
El pendon de Velazquez tremolando.

»La destreza y valor eran de parte  
De los de Gustios; pero el otro bando  
Armado iba y dispuesto. Una lanzada  
A un Infante tocóle de soslayo:

»Tambien Velazquez recibió otra herida,  
Y estaba como tigre, fuego echando  
Por los feroces ojos: el de Lara  
Lidiaba firme como leon bizarro.

»La condesa doña Ava... ¡ilustre dueña!  
Sí, yo la ví del uno al otro lado  
Correr, gritar, y en medio del peligro  
Pedir paz y quietud á sus vasallos.

»Al meterse una vez en la pelea,  
Tocó una punta al jóven conde Sancho,  
Que con gentil esfuerzo la seguía,  
Sumision y obediencia reclamando.

»Leve su herida fué; pero al mirarle  
La faz marchita, el pecho ensangrentado,  
De terror ambas turbas se cubrieron,  
Y en el momento de lidiar cesaron;

»Momento de quietud, que el Arzobispo,  
Cual discreto y prudente, aprovechando,  
Con sus insignias y sagradas ropas,  
Que son de gran respeto entre cristianos,

»Lanzóse en medio, y con terrible frente  
Amenazó del cielo con los rayos  
A uno y otro partido, si al momento  
No dejaban la lid, y libre el campo.

»Sus amenazas, y el pavor y susto  
Que al ver herido á su señor helaron  
Al feroz vulgo, y el postrer reflejo  
Que el crepúsculo daba desde ocaso,

»A ambas ciegas facciones contuvieron;  
Y de la plaza por distintos lados,  
Siguiendo cada cual á su caudillo,  
Salieron, y de Burgos se alejaron.

»Gonzalo Gustios con los siete infantes,  
Y con todo el tropel de sus vasallos  
Fué á Salas: Rui-Velazquez con los suyos  
A Barbadillo, centro de su estado.

»En Burgos fué terrible aquella noche:  
Del Arzobispo el Conde acompañado  
Y de su madre, se encerró en su alcázar,  
Levado el puente, los rastrillos bajos,

»Y llenos de hombres de armas decididos,  
De fieles caballeros y de hidalgos,  
A defender á su señor resueltos,  
Los torreones, pórticos y patios.

»Ardian fogatas en diversos sitios,  
A las que se arrimaban embozados  
Recelosos, con armas escondidas,  
Aún no resueltos á seguir un bando.

»Mas á pocas palabras, los puñales  
Y las ocultas dagas en sus manos,  
Defendiendo uno ú otro, relucian,  
Por amistad y deudo atropellando.

»Viva el señor de Salas, resonaba  
En algun arrabal; en otro barrio,  
Viva el de Barbadillo. Aquí una trompa,  
Allá de espadas el rumor lejano;

»Tal vez las luengas calles recorria  
O piedra ó flecha rápida, silbando  
Entre las sombras, sin saberse á dónde,  
Ni qué ballesta la tiró, ó qué mano.

»Tal vez reinaba hondísimo silencio,  
Roto por el galope de un caballo;  
Y ya en las torres los reflejos daban  
De algun incendio en los vecinos campos.

»Tremenda noche! La primera aurora  
Mayores sustos y congojas trajo;  
Y los siguientes días todos fueron  
A cual más angustioso y más amargo.

»Uno y otro partido en rabia ardian;  
Enfurecidos se aprestaban ambos  
A guerra de exterminio, y se engrosaban  
Con armas y con nuevos partidarios.

»Los de Velazquez á talar salieron  
De Salas rica los feraces campos:  
Defendieron valientes los de Lara  
Sus arboledas, mieses y ganados.

»Un mar corrió de sangre. ¡Ay de Castilla,  
Si audaz entónces enemigo extraño  
La hubiese acometido!... ¡Ay de los reinos  
Que de discordias tales son teatro!

»La buena suerte por aquellos días  
De desórden y horror á Burgos trajo  
A un extranjero ilustre. Era otro Ulema,  
Del que ellos llaman Vice-Díos, legado;

»Que de Roma á Leon se encaminaba  
A cobrar un tributo; y recelando  
Con las fieras discordias de Castilla  
La total perdicion de los cristianos,

»Con el buen arzobispo entró en consejo,  
Y uno y otro castillo visitaron,  
De la paz las benéficas semillas  
En uno y otro con fervor sembrando.

—»El vulgo, ya extinguido el primer fuego,  
Ansía sólo quietud, busca trabajo:  
De la patria el peligro asusta siempre  
A los hombres de bien y á los hidalgos.

»Del gran Gonzalo Gustios era el alma  
Noble y leal, y nada sanguinario  
Su corazon: los pechos de sus hijos  
Ardientes y violentos, pero francos;

»Y Rui-Velazquez, aunque altivo y fiero,  
A traicion y á discordias avezado,  
Conoció que ceder entónces era,  
Para lograr sus planes necesario.

»Circunstancias que abrieron el camino  
De la negociacion. A pocos pasos  
Vinieron ambas partes á concierto.  
A deponer las armas se obligaron,

»Y á concurrir á Burgos los dos jefes  
Bajo seguro, y sólo acompañados  
Cada cual de seis deudos, á jurarse  
Amistad ante el conde Soberano;

»Con sola condicion, de que á la corte  
No volbiesen en término de un año,  
Ni doña Lambra, ni los siete Infantes,  
Ni Alvaro Sanchez, ni los otros cuatro.

»Dado el seguro, por diversas partes  
Vinieron al alcázar de don Sancho  
Rui-Velazquez y Gustios. Yo y los míos,  
Con otros extranjeros, convidados

»Fuimos á presenciar la ceremonia,  
Celebrada del modo más extraño  
En el salon del trono, do asistieron  
Todos los Ricos-hombres castellanos.

»En su dosel sentóse el jóven Conde,  
El Ulema de Roma al diestro lado;  
Y por distintas puertas en la sala  
Los dos caudillos á la par entraron.

»Por la que estaba al frente, al mismo tiempo  
Con cuatro dueñas y catorce hidalgos  
Presentóse doña Ava, blancas tocas  
Y ricas negras ropas arrastrando.

»Entró también con ella el Arzobispo,  
Con todas las insignias de su cargo,  
Y dos pajes en pos. Uno traía,  
De oro en salvilla y entre lienzos blancos,

»Un pan pequeño; el otro una gran taza  
De oro y piedras preciosas, rebosando  
Ardiente vino; y á los piés del trono  
Todos en gran silencio se acercaron.

»Allí tomó la copa la Condesa,  
Y el Conde tomó el pan, y en tres pedazos  
En el vino lo echó, y el Arzobispo,  
Haciendo ciertos signos con la mano,

»Murmuró varios salmos y oraciones,  
A todos los presentes demostrando,

Que en la copa no había ni conjuro,  
Ni veneno encubierto, ni otro engaño.

»Un pedazo del pan mojado en vino  
Comió con gravedad el conde Sancho;  
Y mandó á Rui-Velazquez y al de Lara,  
Que cada cual comiera otro pedazo.

»Hiciéronlo al momento, una rodilla  
Hincada en tierra; luego se abrazaron,  
Al templo fueron á jurar las paces,  
Y en seguida un festin hubo en palacio.

»Tornó Castilla á verse en quieta calma,  
Mas fué calma de mar, que pronto airado  
Turba el austro otra vez, y en que el piloto  
De otra mayor borrasca ve el presagio.»

Quedó en silencio Zaide, y en silencio  
Quedó también Mudarra, que pasmado,  
La relación á descubrir no acierta,  
Que con él tienen lances tan extraños.



## NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(24) D. Antonio Ponz, en su *Viaje de España*, hecho en 1795, dice en la carta séptima del tomo II: «Pasado un riachuelo, llamado *Tórtolas*, descubrí en una viña, perteneciente á los religiosos, los celebrados toros de Guisando; pero no hallé ningun rastro de la venta que habia junto á ellos, en donde fué reconocida y jurada por heredera de los reinos de Castilla la reina católica Doña Isabel. Me acerqué al paraje en donde están los toros, y son cuatro, de los cuales uno está medio hundido en la tierra. Ya se conoce poco su forma, por estar muy gastados, y desgranada la piedra berroqueña, de que son. Con dificultad se lee alguna letra de antiguas inscripciones que tenian en el cuerpo; pero despues en la celda prioral del monasterio ví una explicacion de los mismos y de sus letreros, que decian estar allí desde muy antiguo. La tal explicacion era, que en la Valle Bastetana dió el ejército de Julio César la gran batalla, en la cual, despues de haber vencido á Pompeyo Magno en Farsalia, deshizo aquí á sus hijos, llamados Sexto Pompeyo y Gneo Pompeyo; que la pelea fué muy dudosa; pero que animado César por su capitan Prisco Calecio, la consiguió: que los hijos de Pompeyo, desamparados de sus soldados, se retiraron, llenos de heridas, á las cuevas del inmediato monte, junto al paraje del monasterio, y que en celebridad de tanto triunfo, hicieron los cesarianos un sacrificio á los dioses, llamado *Ecatombe*, por el número de cien toros que para el sacrificio se destinaban; y que por medio de estos toros de piedra que allí dejaron, habian perpetuado aquel suceso. Las inscripciones se leen en aquel papel de esta manera:

1.<sup>a</sup>

BELLUM CÆSARIS ET PATRIÆ EX MAGNA PARTE  
CONFECTUM FUIT S. ET GN. M. POMPEII FILIIS HIC  
IN AGRO BASTETANO PROFLIGATIS.

2.<sup>a</sup>

LONGINUS PRISCO CALECIO PATRI  
F. C.

3.<sup>a</sup>

CÆCILIO METELLO  
CONSULI II. VICTORI.

4.<sup>a</sup>

EXERCITUS VICTOR  
HOSTIBUS EFFUSIS.

5.<sup>a</sup>

L. PORCIO  
OB PROVINCIAM OPTIME ADMINISTRATAM  
BASTETANI POPULI F. C.

»Se cree que ántes hubiese más toros de los que ahora se ven sobre la tierra. Usted sabrá si esta es la Valle y region de los bastetanos, y el paraje donde se acabó la guerra civil de Pompeyo y César: si estos son elefantes, y no toros, de los que algunos dicen, que dejaron los cartagineses en varias partes de España, á donde llegaban con sus conquistas; y si son toros, conocerá cuán grande disparate sería en traerlos desde Andalucía, como algunos quieren componerlo, sin embargo de que serían tan grandes como toros naturales, ántes de haberlos desgranado el tiempo, como se ve. A mí me parecen toros, y por algun rastro que queda de las letras, se conoce que fueron romanas.»

Es digno de copiarse lo que sobre los mismos opina Masdeu en el párrafo 334 del tomo IV de su *Historia crítica de España*. «Una de las antigüedades más célebres de España, dice, son cuatro toros que existen en el monasterio de Padres de S. Jerónimo de Guisando, á veintiocho millas del Escorial. Sin duda Metelo mostró complacencia de que le dedicasen uno de estos en memoria de las victorias referidas.... Morales y Mariana juzgan que la inscripcion se debe referir á la rota de los irtuleyos, que por eso trasfiere Morales de Andalucía á Extremadura en mayor cercanía de los citados toros. Pero Itálica y Segovia, únicas ciudades en cuyas vecindades, segun los escritores antiguos, Quinto Ce-

»cilio Metelo venció á los irtuleyos, distan mucho de aquella provincia; además estas rotas no fueron el motivo de la »vanidad y complacencia de aquel general, aunque así lo pensaron Morales, Mariana, y últimamente Jovenazo: lo que »dió fomento á su orgullo, fueron las batallas que ganó al temido Sertorio, como atestigua Plutarco.» Y más adelante, en el párrafo 394, hablando de los monumentos de las victorias de César que existen en España: «Son más famosas las »inscripciones de los célebres *Toros de Guisando*.... La primera pertenece á la batalla de *Munda*, que se puede llamar »la corona de todas las victorias de César. En ella se lee claramente, que Sexto y Gneo Pompeyo fueron derrotados en »el campo bastetano: de lo que se deduce, que los toros que existen á poca distancia del Escorial, estaban antiguamente »en el paraje mismo de la batalla, cuyo lugar podía entónces llamarse *Campo bastetano*, miéntras los habitantes á lo »largo de las costas desde la mitad del Estrecho á Cartagena, eran denominados *bastetanos* y *bástulo-fénices*. Ha pare- »cido inverosímil al estudioso Sr. Ponz y á otros modernos escritores, que cuatro toros de piedra de ajustada propor- »ción, fuesen trasportados de Munda á Guisando. No sabemos las razones que tuvieron los romanos para transferirlos; »pero no hay dificultad que lo practicasen, aunque hubiesen de hacer más de trescientas millas, que se cuentan de »Munda á Guisando: mayores dificultades han vencido los antiguos romanos. Para no difundirme en una prolija narra- »tiva, véanse aquí en Roma los obeliscos de altura enorme trasportados de Egipto.»

Tambien hace Cervantes en su inmortal *Quijote* mencion de estos toros, pues el caballero de los Espejos, dice (ca- pítulo XIV de la segunda parte), que *el tomarlos en peso*, era una de las hazañas que le habia mandado hacer su señora. Es muy extraño que el erudito y diligente Pellicer dejara sin nota alguna este punto, cuando no se descuidó de poner- las en otros más sabidos y ménos interesantes, y cuando Bowles, de quien tanto se aprovechó, copia la razon que da de ellos Covarrubias en el *Tesoro de la lengua castellana*.

(25) Torre romana muy fuerte que defiende la cabeza del puente de Córdoba.

(26) Le hace cocinero de Doña Lambra un romance antiguo, en que pidiendo venganza á su marido de los insultos que le han hecho los de Lara, entre otras cosas, dice:

«Matáronme un cocinero  
So faldas de mi brial:  
Si de esto no me vengades,  
Yo mora me iré á tornar; etc.»

(27) «Grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España,» la llama Mariana, como se verá en la nota siguiente.

(28) Mariana, copiando casi á Garibay y Morales, refiere este suceso en su *Historia de España*, lib. VIII, cap. IX, del modo siguiente: «Aconteció que Rui-Velazquez, señor de Billaren, celebraba sus bodas en Burgos con Doña Lam- »bra, natural de tierra de Bribiesca, mujer principal, y áun prima carnal del conde Garci-Fernandez. Las fiestas fueron »grandes, y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garci-Fernandez y los siete hermanos »con su padre Gonzalo Gustio. Encendióse una cuestion, por pequeña ocasion, entre Gonzalo, el menor de los siete »hermanos, y un pariente de Doña Lambra, que se decia Alvar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvo »que Lambra, como la que se tenia por agraviada con aquella riña, para vengar su saña.... mandó á un esclavo que »tirase á Gonzalo un cohombro, mojado ó lleno de sangre: grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España. »El esclavo se quiso valer de su señora Doña Lambra: no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida, etc.» Sigue contando la venganza de Rui-Velazquez poco más ó ménos, como se refiere en esta leyenda.

Dos romances, compuestos por Sepúlveda, pintan esta contienda como sigue:

Rui-Velazquez es de Lara  
El que ha de ser desposado:  
Casóse con Doña Lambra,  
Mujer es de gran estado.  
Gonzalo Gustios el Bueno  
A las bodas es legado:  
Cuñado es de Rui-Velazquez,  
Con la su hermana casado.  
Trae consigo siete infantes,  
Que de Lara se han nombrado,  
Hijos de Gonzalo Gustios,  
Sobrinos del desposado.  
Criólos Nuño Salido,

Caballero muy honrado.  
.....  
Un primo de Doña Lambra,  
Que Alvar Sanchez es llamado,  
Vió que caballero alguno  
No alcanzaba en el tablado.  
.....  
Doña Sancha y los sus hijos  
Riendo de ello han estado;  
Ninguno dió miente á ello,  
Que están las tablas jugando:  
Sólo Gonzalo Gonzalez,  
El menor de los hermanos,

Que á furto de todos ellos  
Cabalgaba en su caballo.  
.....

Alvar Sanchez con pesar  
Al Infante ha denostado.  
Él respondió á sus palabras,  
A las manos han llegado.  
Gran ferida dió el Infante  
A Alvar Sanchez su contrario.  
.....

Doña Lambra que lo vido,  
Grandes voces está dando,  
Féríase en el su rostro  
Con las manos arañando,  
Diciendo: ¿qué dueña alguna  
Ansí se habia deshonrado  
En bodas que fuesen hechas,  
Sino á ella sólo en su cabo?  
Rui-Velazquez que lo oyó,  
Luégo habia cabalgado,  
Tomó un astil de la lanza,  
Fué donde está Don Gonzalo, etc., etc.

Doña Lambra que lo vido,  
Como muy mal lo queria,  
Llamado habia un criado,  
Desta suerte le decia:  
«Toma agora tú un cohombro,  
»Finchelo de sangre viva,  
»Y arrójasele á Gonzalo.»  
.....

El hombre tomó un cohombro,  
Y de sangre lo teñia,  
Dió con él á Don Gonzalo,  
En sangre untado lo habia.  
.....

Acogióse á Doña Lambra,  
So su brial se metia.

Los Infantes con braveza  
.....

Mataron el hombre allí,  
Ante ella que lo veia,  
Y con la sangre del hombre  
Sus tocas se las teñian.  
Los Infantes cabalaron, etc., etc